

será un eden, no habrá penas, desgracias ni contrariedades. Serás mi reina, mi diosa, todo lo que deseas, pero huye conmigo; no puedo estar ni un instante sin tí. Tu abuela vuelve; contéstame ántes si me seguirás, Luisa.

No sé lo que iba á responderle: quizás en aquel momento comparé las bellezas de la vida que me pintaba con mis desdichas presentes y futuras, y estaba dispuesta á complacerle; luego me avergoncé de mi debilidad y tuve miedo de mí misma.

Teresa, este hombre es enviado sin duda por mi ángel malo para hacerme caer al insondable abismo del vicio; pero sabré luchar y espero que saldré vencedora.

Por Dios, amiga del alma, no me prives de tus consejos; que ahora más que nunca los necesita—LUISA.

## IX

8 de Setiembre.

Dentro de cuatro dias se marcha Alberto; acaba de decirme repitiendo sus seductoras frases y sus promesas. Temo y vacilo, pero cuando esto me sucede leo tus cartas y hallo la fortaleza que me falta. Sola, sin una mano experta que me guie, viendo el mal cubierto de brillantes flores y el bien de punzadoras espinas, me es muy difícil resistir á los peligros que me rodean.

Tengo cariño á mi padre, pero en vano busco al rededor de su cabeza esa aureola de santidad y de respeto que debiera hallar en un hombre de sus años: para olvidar las penas se embriaga, disputa con todos, y no siempre tendré á mi lado á Alberto para que le defienda. No quiero avergonzarme de ser su hija, eso sería horrible. ¡Dios mio! ¿por qué me habrán separado de él en mi infancia para que perdiese el recuerdo de la pasada miseria, el afecto que á la familia se debe y la consideracion de personas que un dia me creyeron su igual? ¡Si al ménos pudiese vivir aquí tranquila! Alberto me incita constantemente á que huya con él, me promete una vida llena de amor y de placeres, pero es necesario que mi virtud triunfe, que los sanos consejos que durante seis años recibí de las venerables madres del convento no hayan sido completamente estériles, que sea digna de tu amistad y de la estimacion de los hombres.

Teresa, no me abandones, y escribe con frecuencia á tu desgraciada—LUISA.

## X

SUSANA A TERESA.

12 de Setiembre.

Te prometí, mi querida amiga, en mi última carta escribirte muy pronto, y se ha pasado casi un mes sin que hayas sabido de mí. He hecho durante este tiempo la misma vida que al principio del verano, sin más diferencia que haber ido algunos dias á pasarlos en el campo almorzando ó merendando allí con la familia de Losada y otros amigos. Hemos evitado cuidadosamente frecuentar los alrededores del Castillo negro, al que mi padre ha ido dos veces sin haber logrado ser recibido por Lázaro, que al parecer no se hallaba en su sombría morada. Creo que con esto se dé mi padre por contento y que no vuelva á visitarle.

Sospecho que á Manuela no le es indiferente Lázaro, al que sólo conozco de vista, y que algo bueno diera la romántica jóven por que él la amase.

Rafael no demuestra preferencia por ninguna de nosotras,

y á pesar de la franqueza que despues de lo ocurrido en el castillo debiera mediar entre los dos, me trata siempre con afecto, pero se retrae algo de venir á casa. Aun no me ha contado la historia de Lázaro, y cuando hallo ocasion de pedirle que me la reliera, me contesta:

—Hoy no hay tiempo. Quedó vd. comprometida anoche á tocar la fantasía de Norma y el wals de Strauss que le gusta á mi padre, y yo tengo que cantar y hacer versos á Enriqueta, Angela y Joaquina.

Otras veces el pretexto es que es tarde y tenemos que acostarnos temprano para madrugar al dia siguiente, y otras que hay varios jóvenes que desean sostener conversacion conmigo y á él no le gusta molestar.

Pepito en cambio goza en acompañarme á todas partes y es mi caballero cuando el camino por donde vamos es desigual é incómodo; él me da el brazo, aparta las piedras, las ramas que me molestan, coge flores con las que me forma artísticos ramilletes, me proporciona agua cuando tengo sed, frutas si las deseo; es un buen chico.

¡Lástima que en lugar de Pepito no sea Rafael el que haga todo eso!

Continúa.

## REVISTA DE MODAS.

Las expedicionarias á los puertos cantábricos y al Mediodía de la Francia, se han visto contrariadas en sus propósitos por la visita del cólera á los puertos franceses del Mediterráneo; y las que hacian sus preparativos para Biarritz, Eauxbonnes, Bagnères y San Juan de Luz, habrán de resignarse por este año á lucir sus galas en los bosques de la Granja, en las llanuras de Avila, ó en el espalen de Burgos; muchas de las familias que todos los años frecuentan San Sebastian y Bilbao, temen este año la proximidad francesa, y á no reclamar la vida del campo la falta de salud de alguno de sus individuos, renunciarán por este año al viaje obligado, disfrutando la frescura del Buen Retiro y el Salon del Prado. El mal no es tan grande, y bueno es que alguna vez sepan las señoras que no constituyen la nota de elegante las molestias y los gastos de un viaje.

En el Prado, en los Jardines, iluminados con luz eléctrica, y en los teatros del Príncipe Alfonso y Price los viérnes, dia de moda, se admiran atavíos muy bellos, combinaciones encantadoras, en que domina el carácter vaporoso y ligero, que convierte á cada mujer en una hada. El encaje negro y crudo hacen vestidos deliciosos, y el tornasol parece creado para este último; un plaston bullonado de encaje, una quilla de encajes crudos, ó un echarpe de encaje marfil sobre tornasol grosella ó azul y rosa, son de un gusto singular. Como adorno de las faldas de tornasol, he oido á una modista, que es quizá la más distinguida de la corte, que los volantes fruncidos y picados, aquel delicioso adorno de hace veinte años, es lo más propio y elegante. En efecto, al vestido de dos tonos, cuya principal belleza se la dan los cambiantes de la luz, cualquiera otro adorno le hace pesado; por eso se ven algunos con encaje crema, y los más nuevos, los que aun no han traspasado círculos privilegiados, con volantitos picados. Los encajes, como ántes digo, se colocan en quilla, en plaston de pecho ó en echarpe cruzado por delante entre los pliegues de la tela del vestido. Los de encaje negro son la pasion del momento, y como toda pasion irreflexiva, porque vulgariza tan encantador atavío, que